

sois el último vástago de una noble raza, y teneis el deber de realzar vuestra casa, derribada por la suerte adversa. Cuando con una tierna mirada os decidí á abandonar vuestra mansion, vos soñabais en algun amor ó galanteo: era muy natural; yo, adelantándome al porvenir, pensaba en otra cosa bien distinta. Os veia regresar de la corte, luciendo magnífico traje, con un alto empleo. Sigognac recobraba su antiguo esplendor; yo arrancaba en idea la hiedra de las murallas, cubria de tejas las vetustas torres, levantaba las piedras derumbadas, volvía á colocar los vidrios en las ventanas, doraba de nuevo las borradas cigüeñas de vuestro escudo, y, despues de acompañaros hasta los límites de vuestros dominios, desaparecia ahogando un suspiro.

—Vuestro sueño se cumplirá, noble Isabel, pero no tal como decís, pues seria demasiado triste el desenlace. Vos seréis la primera que, entre la mia vuestra mano, franqueareis el umbral de aquel castillo del que habrán desaparecido los espinos del abandono y de la adversa fortuna.

—No, no, yo no seré, sino alguna noble y rica heredera, digna en un todo de vos, á quien podreis presentar con orgullo á vuestros amigos, y de la que nadie podrá decir con sonrisa de desprecio: «Yo la he silbado ó aplaudido en tal pasaje».

—Es una crueldad quitar á uno la esperanza y mostrarse al mismo tiempo tan adorable y tan perfecta, —dijo Sigognac;— abrir el cielo y cerrarlo, nada hay de más inhumano. Pero yo venceré esta resolucion.

—No lo intenteis, —repuso Isabel con dulce firmeza, —es inmutable. Si yo renunciase á ella me despreciaria á mí misma. Contentaos con un amor el más puro, el más sincero, el más rendido que haya hecho latir jamás el corazon de una mujer, pero no pretendais nada más. ¿Tan penoso es, —añadió Isabel sonriendo, —el ser adorado por una actriz que muchos tienen el mal gusto de encontrar encantadora? ¡El mismo Vallombreuse estaria orgulloso de ello!

—Darse y rehusarse tan completamente, verter en la misma copa ambrosía y hiel, miel y acíbar, no hay nadie más que vos capaz de tal contraste.

—Sí, soy una jóven singular, —repuso Isabel;— en esto me parezco á mi madre; pero se me debe tomar como soy. Si insistís y me atormentais, sabré buscar amparo en algun asilo donde jamás me encontraríais. Quedamos pues acordes; y como se va haciendo tarde, idos á vuestro cuarto y dad un toque á estos versos que no se adaptan ni á mi persona ni á mi carácter en la comedia que debemos representar próximamente. Yo soy vuestra amigueta, sed vos mi poeta.

Y diciendo estas palabras, Isabel buscaba al fondo de un cajon un rollo liado con una cinta rosa que entregó al baron de Sigognac.

—Ahora un abrazo y adios. Vais á trabajar por mí, y todo trabajo merece recompensa.

De regreso en su cuarto, Sigognac tardó un buen rato en reponerse de la emocion que le habia causado la reciente escena entre él y su jóven amiga. Se hallaba á la vez affligido y arrebatado, radioso y taciturno, en el cielo y en el infierno. Reia y lloraba, presa de los sentimientos más tumultuosos y contradictorios; la alegría de ser amado de una jóven tan cumplida y de corazon tan noble le arrebatava, y la certidumbre de no conseguir jamás nada de ella le hundia en la más profunda desesperacion. Poco á poco sin embargo se aquietó su exaltada fantasía y recobró la calma. Trajo á su mente una á una las palabras de Isabel, para comentarlas, y el espectáculo del castillo de Sigognac reconstruido, que su amiga habia evocado, se presentó á su imaginacion animado con los colores más vivos. Soñó despierto.

La fachada del castillo brillaba al sol con deslumbradora blancura, y las veletas, doradas de nuevo, despedian vivos



reflejos sobre el fondo azul del cielo. Pedro, vestido con rica librea, de pié entre Miraut y Belzebú debajo de la puerta blasonada, aguardaba á su señor. De las chimeneas tanto tiempo apagadas se escapaba alegre humareda, lo que demostraba que en el castillo habia numerosos criados y que en él reinaba de nuevo la abundancia.

Nuestro Baron veíase á sí mismo, vestido con traje tan elegante como magnífico y cuyos bordados despedían brillantes chispas, conduciendo hácia la mansion de sus antepasados á Isabel que llevaba un traje de princesa blasonado de escudos de armas cuyos esmaltes y colores parecían pertenecer á una de las más grandes casas de Francia. Aunque en su frente brillaba una corona ducal, no por esto la jóven parecia engullecida; guardaba su aire tierno y modesto, y tenia en la mano una pequeña rosa, regalo de Sigognac, á la que el tiempo no habia hecho perder nada de su frescura, y de la que, mientras caminaba, iba aspirando el perfume.

Cuando la jóven pareja se acercó al castillo, un anciano de aspecto venerable y majestuoso, en el pecho del cual lucian muchas órdenes, y cuya fisonomía era del todo desconocida á Sigognac, avanzó algunos pasos desde el vestíbulo donde se hallaba, como para dar la bienvenida á los jóvenes esposos. Pero lo que sorprendió en extremo al Baron, es que cerca del anciano habia un jóven de la más bizarra apostura del que primero no distinguió claramente las facciones, pero que luego le pareció ser el duque de Vallombreuse, quien le miraba sonriendo amistosamente y sin que en su rostro descubriese la más leve expresion de altanería.

Los terratenientes gritaban: «Viva Isabel, viva Sigognac,» con demostraciones de la alegría más sentida. A través del vocerío de las aclamaciones, oyóse una tocata de caza, y pronto de entre un grupo de árboles desembocó en el claro, dando latigazos á su rebelde palafren, una jóven cuyas facciones tenian gran semejanza con las de Yolanda de Foix. La amazona pasó la mano por el cuello del noble bruto, cuyo andar

moderó, y pasó lentamente por delante del castillo: Sigognac, á pesar suyo seguia con los ojos á la soberbia cazadora cuyo guardapiés de terciopelo se hinchaba con el viento; pero cuanto más la miraba, más la vision palidecia y se borraba, llegando á tomar la diafanidad de la sombra, á través de cuyos contornos sin líneas distinguia muchos detalles del paisaje. Yolanda se evaporaba como un recuerdo confuso ante la realidad de Isabel. El verdadero amor borraba las primeras ilusiones de la adolescencia.

En efecto, en aquel desmantelado castillo, donde los ojos no tenian en qué alimentarse más que en el espectáculo de la desolacion y de la miseria, el Baron habia vivido taciturno, soñoliento, inanimado, semejante más que á un hombre á una sombra, hasta el dia de su primer encuentro con Yolanda de Foix de caza en la desierta landa. Sigognac sólo habia visto campesinas curtidas por la intemperie, pastoras cazarrientas, hembras que no mujeres, y guardó de aquella vision un deslumbramiento semejante al producido por los rayos del sol á quien lo mira de frente. Ante sus ojos veía siempre aquella radiosa imágen que le parecia pertenecer á otra esfera. Yolanda, hay que confesarlo, era incomparablemente bella y bien formada para fascinar á otros más experimentados que un pobre hidalgo montado en ético jaco y metido en los vestidos demasiado holgados de su padre. Pero, á la sonrisa provocada por su disfraz grotesco, Sigognac comprendió cuán ridículo seria para él alimentar la menor esperanza hácia aquella insolente beldad; así es que evitaba encontrarla, ó se colocaba, para verla sin ser visto, detrás de alguna cerca ó tronco de árbol en los caminos que la jóven acostumbraba frecuentar con su séquito de galanteadores que, en su desprecio de sí mismo, encontraba el Baron cruelmente gentiles, maravillosamente ataviados, soberbiamente estimables. Cuando esto ocurría, volvía al castillo con el corazón acibarado de amarga tristeza, pálido, descompuesto, abatido, como si convaleciese de penosa enfermedad, y permanecía si-



lencioso durante horas enteras, sentado, con la barba apoyada en la mano, cerca de la chimenea.

La aparicion de Isabel en el castillo habia dado un objeto á esa vaga necesidad de amar que atormenta á la juventud y en la ociosidad se entrega á quimeras. Las gracias, la dulzura, la modestia de la jóven actriz, habian conmovido la más tierna fibra del alma de Sigognac, quien realmente la amaba mucho. Isabel habia cicatrizado la herida que abriera en el corazon del jóven el desprecio de Yolanda.

Sigognac, despues de haberse abandonado á esos desvaríos fantasmagóricos, sacudió su pereza y logró, no sin trabajo, fijar su atencion en la comedia que Isabel le habia entregado para que retocase algunos pasages. Tachó ciertos versos que no se avenian con el carácter de la jóven actriz, y añadió otros; rehizo la declaracion amorosa del galán, por fria, pretenciosa y de estilo de relumbron, y la sustituyó con otra más natural, más apasionada, más viva, que, en idea, dirigia él á la misma Isabel.

Este trabajo absorbióle gran parte de la noche, pero lo hizo con gusto y satisfaccion, siendo recompensado el dia siguiente con una graciosa sonrisa de Isabel, quien se puso al instante á aprender los versos que su poeta, como ella le llamaba, habia arreglado con mejor acierto que lo hubiesen podido hacer Hardy ni Tristan.

A la representacion de la noche asistió una multitud más considerable todavía que la víspera, y poco faltó como el portero no quedó sofocado bajo la presion de los espectadores que querian todos entrar á un tiempo en el teatro, temiendo, aunque hubiesen pagado, quedarse sin sitio. La reputacion del capitan Estruendo, vencedor de Vallombreuse, crecia de hora en hora y tomaba proporciones quiméricas y fabulosas; hubiéransele atribuido de buena gana los trabajos de

Hércules y las proezas de los doce pares de la tabla redonda. Algunos jóvenes nobles, enemigos del duque, trataban de captarse la amistad de aquel valiente, y más de una dama meditaba un billete amoroso. En una palabra, estaba de moda. No se juraba más que por él, él, que poco ó nada se cuidaba de su popularidad que le sacaba de la oscuridad en la que hubiera querido permanecer; pero como no era posible sustraerse á ella, debia sufrirla, pese á su resolucion de ocultarse y no parecer en escena, que por un momento habia acariciado. La idea de la desesperacion del Tirano, maravillado ante las enormes sumas que entraban en caja, le impidió llevar á cabo su pensamiento. Aquellos honrados cómicos que le habian acorrido en la miseria ¿no era justo que se aprovecharan de la inopinada fama de que gozaba? Resignóse pues á su papel, se adaptó la máscara, enhebillóse el cinturon, se puso la capa, y aguardó que le llamasen para entrar en escena.

Siendo pingües los ingresos y la concurrencia numerosa, Herodes, como director generoso, habia hecho doblar las luminarias, de manera que la sala ofrecia un aspecto tan brillante como un espectáculo de corte. Con la esperanza de seducir al capitan Estruendo, algunas damas de la ciudad se habian puesto sobre las armas, y como dicen en Roma, *in fiocchi*. Ni un diamante quedó en los estuches, y todas aquellas alhajas brillaban y relucian sobre pechos más ó menos blancos, sobre cabezas más ó menos lindas, pero animadas de un vivo deseo de agradar.

Sólo un palco, el mejor situado, el más visto de la platea, estaba vacío todavía, y hacía él se volvian curiosas las miradas. La poca diligencia de los que lo habian alquilado era motivo de admiracion por parte de los nobles y de los menestrales de Poitiers, quienes hacia más de una hora que ocupaban sus puestos. Herodes, levantaba de vez en cuando una esquina del telón, y parecia aguardar la llegada de aquellos desdeñosos para dar los tres golpes sacramentales,



pues nada incomoda tanto en las representaciones teatrales como esas tardías é impertinentes entradas de espectadores, que remueven sus sillones, se sientan ruidosamente y distraen la atención del auditorio.

Al momento de correrse el telon, tomó sitio en el palco una jóven, al lado de quien se sentó penosamente un caballero de venerable y patriarcal aspecto. Luengos y nevados cabellos cuyos extremos se arrollaban en argentados rizos caian de las aun pobladas sienes del caballero, mientras que la parte superior de la cabeza dejaba ver un cráneo de ebúrneos matices. Aquellos rizos formaban marco á unas mejillas teñidas de colores violentos, cuyos pregonaban la costumbre de vivir en el campo y quizás quizás un culto rabelesiano por la divina botella. Las cejas, negras todavía y muy espesas, sombreaban unos ojos que chispeaban aun á intervalos en sus círculos de ennegrecidas arrugas y cuya vivacidad no habian conseguido apagar los años. Al rededor de su boca, sensual y belfa, se erizaban unos grandes bigotes y una perilla á los cuales se les hubieran podido aplicar el epíteto de *grifaigne* que las antiguas novelas heróicas atribuyen invariablemente á Carlomagno. Una doble barba unia su rostro á su robusto cuello, y el aspecto general hubiera sido asaz vulgar á no ser la mirada que realizaba el conjunto, la cual no permitia poner en tela de juicio la calidad del personage. Un cuello de punto de Venecia caia sobre su jubon de brocado de oro, y su camisa, de blancura deslumbradora, levantada por un abdomen muy proeminente, se desbordaba y cubria la parte superior de unas calzas de terciopelo tabaco, de cuyo color era una capa galoneada de oro que se veia tirada con abandono sobre el respaldo de su sillón. Fácil era adivinar en aquel anciano un tio rodrigon, reducido al estado de dueña por una sobrina adorada á pesar de sus caprichos; al ver á los dos, ella, esbelta y ligera, él, pesado y cenudo, podia tomárseles por Diana conduciendo atado á una cadena un viejo leon inválido más ganoso de dormir en su antro que de ser pa-



... UNA JÓVEN TOMÓ ASIENTO EN EL PALCO.